

### EN BUSCA DE LA MIRADA PERDIDA

Había cesado la vida de Albatros. Fuimos casi hermanos hasta que nuestra actividad nos diversificó. Admiraba su fertilidad: un libro al año. Un libro –regularmente deslumbrante.

Acudí a saludar a la esposa. Es una de las pasadas costumbres, que no perduraba en nuestra cultura. Pero me renació, como un mandato afectivo. Estaba tan vacía la casa, sólo con ella adentro... Ni el muerto, me dije, considerando el dolor de la mujer. (Porque los cuerpos son volatilizados, sin intervención familiar, y los deudos reciben únicamente la notificación del deceso.)

Con igual disposición respetuosa, llegó el editor de Albatros. Después partimos juntos en mi velotubo. Me confió: “Qué vacía he sentido la casa...”. Mascullé: “Humm”. Añadió: “Sólo con ella... Ni siquiera el muerto.” Me fastidió que repitiera lo que, para mis adentros, yo meditaba media hora antes, y le repliqué con cierta afectada impiedad: “Si lo que usted insinúa es un velorio a la antigua, con flores y todas esas cosas, le recordaré que, de cualquier modo, al difunto se lo llevaban, aunque fuese un día más tarde”. Divertido por mi irritación, el editor ironizó: “Sí, pero en la casa quedaba el fantasma. ¿O usted no cree en fantasmas?”. ¿Pretendía burlarse de mí? Yo podía burlarme de él: “Por cierto que sí. Sin cementerios, sin la conservación de los cuerpos, ni de sus cenizas, si el fantasma es el espíritu de un cuerpo privado de reposo, estamos elaborando más fantasmas que seres vivientes”.

Comprendí que era como si un fantasma hablara por mí, pues el fondo de creencias que removía no eran de la época en que el editor y yo vivíamos. Cosa que él pasó por alto y me dijo: “No sé cómo reemplazará la viuda a Albatros: con su fantasma o con otro esposo. Pero en la editorial, para los temas que él frecuentaba, tendré que sustituirlo como escritor, y puede ser que con usted”.

\*\*\*

Yo era un ex escritor. Cuando excedí el período presuntamente útil (tres años, que se contaban desde el último libro), sin hacer nada que mereciera aprobación editorial, fui dado de baja. Mediante tests se determinó que mi segunda aptitud me facultaba para la agronomía. Hice los estudios intensivos y desde entonces trabajé en el Departamento de Agricultura, sección técnico-científica.

Podía volver al servicio activo, es decir, gozar los beneficios del status de escritor, si un editor me rehabilitaba y, desde luego, si yo mismo me rehabilitaba con mi obra. Entretanto, nada me impedía escribir lo que quisiera. Pero yo, como autor, me abandonaba. Me tentó la incitación del editor.

\*\*\*

Las computadoras denunciaron que mi rendimiento, en Agricultura, disminuía. Mi esposa consideró, minimizando, que yo andaba sonámbulo o alucinado. Hasta que, con vergüenza, tuve que confesárselo. Le dije que el editor me veía como posible sucesor de Albatros y me había encargado que pensara una novela que describiera el Universo del año 2900, “de un modo verosímil y admisible para la ciencia”. Le dije también, a mi mujer, que mi fantasía estaba extinguida, pues había estado tratando, intensamente, de penetrar en ese tiempo lejano, de inventarlo, y me resultaba dramáticamente imposible.

Mi chico, mi amado hijo, respetuoso, inteligente, sensitivo, escuchaba, pues hablábamos en su presencia, y creo que sufrió por mí. Por lo cual, a fin de no formar en él una imagen disminuida o decadente de su padre, exploré justificaciones: “¿De qué modo imaginar cómo será el Universo en el año 2900? La ciencia, la aventura del hombre y las alternativas físicas quizás puedan allanar más sus misteriosos rumbos, sin que el paso que se esté dando hoy permita prever todos los demás; aunque también puede haber destrucción, y de repente!, en los mundos y en las mentes”. “Sí, pero si se aplica la ciencia-ficción...”, opuso mi mujer. “Eso es lo que yo debería hacer –reconocí

con desaliento—. Sin embargo, tengo la impresión de que, en los libros y en la televisión, ya todo sobre el futuro ha sido inventado.”

“Inventado y desmentido” —masticué, y la secretaria alzó los párpados con prudencia para medir el brote de mi malhumor. Ella había llamado a la biblioteca pública a fin de pedir la “Botánica de especies adhesivas”, que no poseíamos en Agricultura. En el fonovisor apareció otra joven como ella que propuso: “¿Edición original de 1997? ¿La versión de Donaldo, del 2063? ¿Volumen o mirada proyectada?”. Elegí Donaldo, elegí volumen. En unos minutos, tras recorrer cuatro kilómetros, por el cicloconducto domiciliario, el libro vino a posarse en mi escritorio.

Debía hacerle entender la frase “inventado y desmentido” que ella entreoyó y le causó el sobresalto: “¿Tienes idea de qué es ‘Fahrenheit 451’?”. Confesó que no. Le informé: “Un clásico de la ciencia-ficción del siglo XX, escrito por Ray Bradbury”, y la insté a consultar. Solicitó una síntesis ilustrativa. La chica del fonovisor averiguó: “¿De cuántas palabras?”. El mínimo, por cierto. ¿Cómo ella no iba a conformarse con el menor esfuerzo?, pero se pudo enterar de lo esencial. Entonces le hice notar: “¿No estamos viviendo aproximadamente en la época que Ray Bradbury previó y describió?”. “Creo que sí.” “Sí, bien cierto. Y ahora dime ¿dónde están los bomberos de ‘Fahrenheit 451’ que incendian los libros y actúan como inquisidores del pensamiento?”

Brotaron los acordes musicales que convocaban al lunch y seguramente ella preferiría que yo terminara de convencerla en otro momento. Menos, debe creerse, estaría dispuesta a la polémica que, tal vez, yo andaba buscando. (Para desacreditar las negaciones que endilgaba.) De modo que en el comedor acústico, el B, de los que gustaban de conversar, pues en el A se almorzaba en silencio —una forma de reposo y regulación de energías— la tomé con el colega más cercano, aunque él se mostraba desgano para discutir: “¿No es la cultura un bien preservado y favorecido?”. “En esta parte del mundo, sí.” “En esta parte, digo.” Yo estaba por transigir, admitiendo la situación diferente en que se hallaban las Comarcas, cuando me corté. También él, y los demás, porque a eso nadie acabará nunca de habituarse: las nubes que en instantes ahogan la luz diurna y se

filtran al interior de los edificios. Una nube estaba rellenoando, presurosa y blandamente, el comedor, ponía todo gris y difuso. Miré mis manos: una hermosa irrealidad las transformaba.

\*\*\*

Regresaba a mi casa y ya había pasado el cuartel fabril y el periférico de inmuebles para familias que no muestran perturbaciones por la contaminación atmosférica —aunque allí fuese tan baja— ni presentan el síndrome de enteramente refractarias al ruido urbano. Tras el predio de neutralización llegaba el privilegiado sector, que a causa de sus fueros yo tendría que flanquear, de los que se comprometieron a no producir emisiones sonoras —ni de aparatos domésticos, ni sus risa, ni sus riñas— que pudieran ganar el exterior de las viviendas, y para toda especie de escape tenía tamizadores.

Descubrí a distancia que “los impenetrables” estaban perturbados: ciertos vehículos, ciertas señales, ciertas indicaciones para la circulación... Interrogué y el primer dato que se me concedió al pasar fue pequeño, aunque alarmante: “¡Peligro: un animal!”. Allá adelante se desplazaban brigadas de caza y decomiso. En el área se tendía el cordón de cuarentena contra las pestes.

Mi mente fue accionada a la ficción: tramé la ciudad subrepticiamente invadida. Tramé bestias resurrectas o seres animalizados, enfermos y contagiosos. Tramé la llegada de ellos, no desde arriba como en tantos libros de mis predecesores, como en tanto cine, sino reptante, desde abajo, en ascenso por la estructura de sostén, aunque eso fuera imposible.

Fui devuelto a lo que en realidad estaba sucediendo: escuché que no era sólo un animal, sino más de uno y que se trataba de ratones. ¡Ratones! Inconcebible en la Ciudad-Estado del Aire.

Confíe en la eficiencia de las brigadas. A poco cancelarían el riesgo sanitario. Seguramente por televisión se nos haría observar los despojos de los roedores exterminados. Muchos habitantes de la Ciudad jamás habían visto uno vivo.

En el jardín interno de nuestro piso elevado, Aldo jugaba al fútbol con su robot. Mandó al robot a su cuarto y acudió a recibirme:

“Buenas noticias: Mamá está guisando”. De verdad lo eran: no habíamos tomado una comida preparada en casa desde el cumpleaños del chico. Durante la sobremesa ensalcé el acierto de sus platos y, sin premeditación, fui recayendo en el tema que me dominaba:

—¿No comemos, como se hacía antes, alimentos naturales recién cocidos, aunque sólo sea a veces, y bebemos cerveza, gaseosas, zumos de frutas? ¿No estamos organizados en familias, trabajamos, hacemos deportes, nos apasiona la ciencia y disfrutamos de los espectáculos...? Nuestra civilización —se equivocaron los anticipadores pesimistas— no ha sido pisoteada por monstruos. No se produjo invasión de marcianos, ni de selenitas ni de venusinos, ni existen siquiera; ni se acabó, todavía, la especie humana por el mal uso de la energía nuclear...

—...que solamente ha causado el recalentamiento de la corteza terrestre— dijo Aldo, como se lo enseñaban en el colegio primario.

—Sí, hijo; nada más que eso. Y el recalentamiento —claro, después de haberse arrasado algunos países— provocó al hombre para que estableciera nuevas formas de vida, más evolucionadas. Ya no existe Roma; pero ha nacido Gamine.

Y continué, dirigiéndome a la madre:

—¿No dormimos ocho horas, estornudamos, decimos la verdad y muy a menudo no la decimos? Tenemos inventores y sabios. Tenemos asesinos y hay castigo. Nuestra moral no es inferior a la del segundo milenio; nuestra fisiología no es distinta ni el índice mental promedio resulta superior.

“¿Qué tiene el mundo actual de extraño?”, quise que respondiera, si bien me adelanté a conceder: “Excepto, naturalmente, cuando nos asomamos a los balcones de los bordes y observamos lo que está allá abajo...”.

—O bien —dijo ella, concentrada— cuando miramos a través de los pavimentos transparentes.

\*\*\*

Resolví declarar al editor mi insuficiencia para componer el libro y esa decisión me dejó descargado.

Mi secretaria me esperaba con algo así como una adhesión. Había estado leyendo y se puso mordaz a propósito de los muchos novelistas y pensadores que dieron como indudable que en el tercer milenio el hombre estaría de vuelta en las cavernas. Por la manera de sonreír podía apreciarse cuánto festejaba el desacuerdo del vaticinio, se sentía a placer en la etapa cultural que nos había correspondido. Aceptaba yo el triunfo de concepto que me concedía; pero ella y yo sabíamos que estábamos haciendo abstracción de la condición de las Comarcas.

Respaldaba la joven el descrédito que, en apariencia, yo sembraba sobre la literatura de anticipación de los sucesivos períodos. Sin embargo, yo callaba mi real convicción: que esos tanteos, a veces geniales, siempre consultaron dos ansiedades esenciales del ser humano: la de conocimiento y la de futuro.

No imaginaba yo, aquel día, de qué modo tan íntimo iba a padecer una negación de porvenir.

\*\*\*

Porque Aldo enfermó. Y empezamos a perderlo. (No se admitía, por juiciosas reglas de medicina preventiva, la convivencia con los enfermos, y nos comunicábamos mediante monitores de televisión: el suyo en el hospital, suspendido sobre la cama, uno nuestro en el hogar y otro en el velotubo para verlo mientras andábamos en circulación.) Después ya supimos, mi esposa y yo, que él moriría, no entonces mismo, tampoco más tarde de cinco a seis meses. Tendí el pensamiento por encima de ese tiempo establecido. No, me dije, martirizado pero firme. No. Él no podía llegar a faltarnos *del todo*, para siempre.

Demandé autorización para emigrar, yo y los míos. No a otro planeta. La colonización de los astros no se había producido: era otra falacia de ciertos políticos y los novelistas. Las bases, restringidas y de costoso acceso, sólo para los físicamente entrenados, servían nada más que a la ciencia y la guerra. No a una Colonia productora agropecuaria, de mi Estado o de cualquier otro Súper, confederado o amistoso. Solamente obtendría un contacto directo

con el suelo, con el auténtico humus, soportando esforzadas condiciones. Porque las Comarcas, agrícolas y pecuarias, arraigadas en la cáscara de la Tierra, aunque dirigidas técnicamente por las Ciudades, son meras servidoras y proveedoras dependientes de éstas. Causé asombro y disgusto, que desbordó a la opinión pública, con mi tenaz propósito: emigrar a una Comarca subdesarrollada. Se consideró un crack: un ex escritor, es decir, un intelectual, no podía involucionar de ese modo; no podía renegar de la Civilización Súper de las Ciudades Suspendingas en el Aire mediante las cuales la parte de la humanidad, que se consideró a sí misma como más dotada y eficiente, logró separarse de la corteza terrestre cuando el ardor radiante de ésta amenazó los cuerpos orgánicos. Humillaba al Estado desdeñando sus ventajas y me volcaría a la existencia primaria y azarosa en tierras abrasadas por los incendios espontáneos. Sin embargo, mi Ciudad, la Ciudad-Estado Gamine, respetó mi voluntad de ciudadano.

Al desprendernos de Gamine, una noche, cuando descendíamos en el cohete de vuelo inverso, cesamos de pensar en ella como un prodigio de física antigravitacional y la contemplamos, con sus luces, semejante a una bandeja de piedras preciosas sin apoyo en el espacio.

\* \* \*

Es como si estuviéramos en el mismo libro de Historia, aunque algunas páginas más atrás.

Nos hallamos en el paralelo 50, zona austral de un Continente, donde la elevación de la temperatura no es tan rigurosa, la demoran el deshielo y los vientos. Los océanos han crecido y desgarran la costa de tierra firme. No hay invierno. Como el régimen de lluvias es intenso, la vegetación silvestre se enmaraña y se corre. Los aires del norte suelen chamuscarla. Al resguardo de los bosques se reproduce una fauna que aumenta en osadía y salvajismo. Castas de ofidios asedian al hombre y a los animales útiles apegados a éste. Aunque la cultura podría confundirse con el nivel de la cuzqueña o la centroamericana de fines de 1800, quedan vestigios de los adelantos que se estancaron décadas más adelante, tales los rasca-

cielos que, desprovistos de elevadores de agua y servicios eléctricos, se han convertido en cuantiosos refugios del mal vivir. Cunden pobreza y ruina.

Hemos preferido el campo, donde puedo aplicar mis conocimientos de agricultura. Poseemos una granja y su producción nos sustenta, pese a las depredaciones de los animales rapaces que merman el número de aves y ganado menor.

Ya dejamos de ser involuntarios excitantes de la atención. De las Ciudades Suspendingas en el Aire se tejen imaginaciones y poco de concreto se sabe, por vía indirecta, ya que para impedir los excesos de población y preservar el standard de vida de las Ciudades-Estados vedan el acceso a los comarcanos. Lo más que perciben de ellas son los residuos cuando pasan al gran vaciadero del espacio. Aunque muy poco o nada material se llega a ver o palpar, ya que, lo que fuere, se desintegra antes de llegar, pero se recela de esos "riesgos del firmamento" a los que se atribuyen plagas y tristezas. Los comarcanos, cuando miran hacia arriba, lo hacen de reojo. Los más inocentes, los niños, suelen esperar que caiga algo íntegro y les sirva a ellos aunque sea en sus juegos.

\* \* \*

Mi pequeño doliente murió. Pero estuve —estuvimos— con él esos cinco meses y catorce días. Suavemente cesaba su vida. Hacia el final, no intentaba hablar. Sonreía, con ternura, no para él, para nosotros. Hasta que sobrevino lo que tenía que llegar, quizás con un desgarrado dolor. Me miró agudísimamente y su mirada se iba, como cayendo con terror en un pozo, mientras se le ponían opacos los ojos, por última vez abiertos.

Ha muerto, ¡pero lo tenemos!, su cuerpo no será volatilizado como el de mi amigo Albatros. Lo tenemos en el cementerio de la loma. Un borde de tierra encuadra las plantas de flores que la madre cuida. La madre se hinoja, remueve el terrón y extirpa malezas. A veces le habla, o bien canturrea, meciendo la voz. Permanezco en su cercanía; me asiste todo lo demás, que es recogimiento y mucha soledad. Al cabo, con respetuosa suavidad, le pido que vayamos, que

ya es tarde. Antes que el sentimiento la trastorne, antes que el ocaso del día estimule hacia los caminos las bestias que salen de la espesura.

De noche, en la granja, ella se recoge luego de la cena. Me ahogo entre muros. Echo a andar hacia los corrales y el comienzo de los sembrados. Dispongo tareas que podré hacer en la mañana o más tarde. Arrojo a los cerdos unas hortalizas que perdió aquel carro.

Extraigo del aljibe un balde con agua... y afluye el recuerdo. Porque esta noche, al asomarme sobre el brocal, he encontrado en el fondo un ojo de luz penetrante que mira y se mueve. Yo sé que es el ojo de un astro que el pozo refleja en la superficie de su agua quieta; que no es el de mi Aldo; que no hay fantasmas, ni podría serlo mi pequeño porque ya no pena. Sólo que me mira desde esas honduras, con tanta fijeza como cuando se moría; sólo que esa mirada se va para adentro, como la de él se iba. Me llama y me llama para que lo siga, y yo le respondo, con una voz firme como mi decisión: "Sí, hijo. Ahí voy contigo".